



UnaVoceSevilla.info

SACRIS SOLEMNIIS

UN RECORRIDO POR LAS CEREMONIAS DE LA MISA, HISTORIA, SIGNIFICADO Y ACTUALIDAD DE LA FORMA EXTRAORDINARIA DEL RITO ROMANO

Conferencia pronunciada por el Rvdo. P. D. José Calvín Torralbo (FSSP) en la ciudad de Sevilla, el 4 de enero de 2009, festividad del Santísimo Nombre de Jesús.

Todo aquel que se acerca sin prejuicios y con un mínimo de interés a la liturgia tradicional, experimenta una sensación análoga a la que se siente al visitar una de las numerosas y antiguas catedrales que jalonan nuestra geografía.

No es lo mismo y no tiene nada que ver con la visita de un museo. El museo es una colección de objetos muertos, retirados de la vida. Nada siente el alma al entrar en un museo, si no es la melancolía de lo pasado.

Por el contrario la liturgia inmemorial es una realidad viva hoy como ayer. Sus palabras y sus ritos nos ponen en contacto con las pasadas generaciones y suscitan en el alma del creyente un sentimiento de “comunión” con la Iglesia de todos los tiempos.

Porque el rito que vamos a recorrer no ha sido la obra ni de un solo hombre ni de un solo día. En palabras de Pablo VI, “la ordenación general (del misal de S. Pío V) remonta, en lo esencial, a S. Gregorio Magno”¹. El cardenal Ratzinger (hoy Benedicto XVI) explica que, de hecho, no existe una *liturgia tridentina* y que esta expresión no era usada por nadie antes de 1965. Y añade que, en sentido estricto, tampoco existe un *Misal de san Pío V*. El Misal publicado en 1570 por orden de S. Pío V, salvo en pequeños detalles no se diferencia en nada del primer misal impreso un siglo antes, el cual a su vez era copia de los misales manuscritos usados en la curia romana².

En su célebre libro “El sacrificio de la Misa” el gran liturgista Jugmann decía:

“La ejecución de esta obra (la liturgia de la Misa) ha sido un proceso de lenta evolución que ha durado muchos siglos. De ahí que, lo mismo que un edificio construido a lo largo de centurias, la liturgia de la Misa, ni en su conjunto ni en sus diversas partes, presenta una idea simple arquitectónica. (...) Podríamos compararla a un vetusto y milenario castillo que, con sus tortuosos pasadizos y angostas escaleras, con sus altas torres y extensos salones, causa extrañeza a quien lo visita. Sin duda es más fácil vivir en un moderno chalecito. Pero hay en la vetusta

¹ Pablo VI, Constitución apostólica *Missale Romanum*, 3 abril 1969.

² Josph Ratzinger, *La célébration de la foi*, éditions Téqui, Paris 1995.

construcción un aire de nobleza incomparable. En sus muros alientan ideales arquitectónicos de muchas generaciones, junto a la herencia espiritual de los siglos pasados.”³

Vamos pues a comenzar nuestro “recorrido” por éste edificio venerable, legado de nuestros mayores, cuyas puertas han sido reabiertas a todos por el Papa Benedicto XVI para que nuestra generación tenga la posibilidad de conocer el patrimonio litúrgico que nos transmitieron nuestros mayores.

La visita de un edificio comienza por el exterior. La fachada es lo primero que aparece a nuestra vista, y nos da una idea del edificio que vamos a visitar.

La fachada de la liturgia clásica se compone de dos elementos: por un lado **el latín**; por otro **la orientación del altar**.

Es curioso que, en teoría, ninguno de éstos dos elementos son exclusivos de la forma extraordinaria. En teoría la misa de Pablo VI puede ser celebrada en latín y de cara al altar. Pero una tal práctica es inusitada. De manera que el uso del latín y la celebración de cara al altar son los elementos que “saltan a la vista” y que permiten a la masa de los fieles identificar la forma extraordinaria respecto a la forma ordinaria.

LA ORIENTACION DEL ALTAR

La posición del altar y la dirección adoptada por el celebrante y los fieles durante el culto litúrgico es una cuestión de plena actualidad en el debate teológico y litúrgico. Ya han pasado los años durante los cuales la celebración *versus populum* se impuso sin posibilidad de debate, hasta el punto que fueron acalladas voces tan autorizadas como las de Jungmann, L. Bouyer, e incluso Ratzinger, que ya en los años sesenta se elevaron contra la generalización de ésta práctica.

Cada vez parece mas urgente la “recuperación” del carácter sacrificial de la Misa, eclipsado con frecuencia en la pastoral litúrgica de los últimos años, en favor de una concepción de la Misa reducida a un festín, o aun encuentro fraternal.

Se va extendiendo en amplios sectores la necesidad de resaltar el doble aspecto de la Eucaristía, que es un sacrificio además de un sacramento. De hecho en la sagrada Eucaristía no solo se contiene y se recibe a Cristo (eucaristía-sacramento), sino que además en ella el mismo Cristo es ofrecido en holocausto por la salvación del mundo (eucaristía-sacrificio = Misa)

Las nociones de “sacrificio” y de “sacramento” son diferentes entre sí, aunque las dos pertenecen al ámbito de lo religioso.

El sacrificio consiste principalmente en una ofrenda que *el hombre hace a Dios*. El sacramento, en cambio, consiste en un don que *Dios hace al hombre*.

Los sacramentos han sido instituidos por Dios *para los hombres*, se administran *a los hombres*, etc. En cambio el sacrificio es *sólo para Dios*.

Cuando celebra la Misa, el sacerdote está ofreciendo un sacrificio a la divinidad, por eso se coloca en el altar vuelto hacia el Señor y no hacia los fieles.

En cambio, cuando administra los sacramentos (p.ej.: cuando da la comunión, o bautiza) el sacerdote se vuelve hacia los fieles.

³ Jungmann, *El sacrificio de la Misa*, B.A.C., Madrid 1963, pag. 15-16

La posición del sacerdote de cara al pueblo es menos expresiva de la verdadera naturaleza de la Misa. Los fieles acaban pensando que en dicho acto de culto ellos son los protagonistas, que el sacerdote se dirige a ellos, que la Misa es ofrecida *a ellos* y no *por ellos*, lo cual es falso.

Decir, como se oye con frecuencia, que en el rito tradicional el sacerdote celebra dándole la espalda al pueblo, es inexacto. No se trata de darle la espalda a nadie, sino de volverse todos juntos hacia el Señor.

Todos los asistentes (incluso el sacerdote) se vuelven hacia el Señor. Esto es lo que ocurre espontáneamente cada vez que un grupo de personas se reúnen para atender a una realidad distinta de ellos mismos. En el cine o en el teatro todos se sientan mirando a la pantalla o al escenario. A nadie se le ocurre decir que los espectadores se han sentado de espaldas los unos a los otros... Lo que interesa a todos es la pantalla o el escenario, por eso todos la miran. Si uno de los espectadores se sentara mirando a la sala, quien estaría sentado de espaldas sería él: De espaldas a la pantalla, que es lo que atrae y congrega a los espectadores de una sala de cine o teatro.

A las razones de sentido común que acabamos de exponer se añaden otras de carácter litúrgico e histórico.

Se sabe con certeza que ya alrededor del año 200 (y probablemente ya desde el comienzo del siglo II), tanto en oriente como en occidente, los cristianos oraban vueltos hacia el oriente, hacia el sol naciente. El testimonio de Orígenes (muerto hacia el 253) es formal, y muestra como incluso en caso de conflicto, la orientación *versus orientem* debe prevalecer. He aquí su texto⁴ :

“Nos queda por hablar aún de la dirección celeste hacia la cual conviene mirar durante la oración. Hay cuatro puntos cardinales: norte, sur, este y oeste; ¿Quién no reconocerá que conviene orar hacia el este, como símbolo, para que el alma se oriente hacia la aparición de la luz verdadera?. Si las puertas de la casa se abren hacia otra dirección, y alguien quiere orar vuelto hacia esta apertura de la casa afirmando que el cielo libre es más atractivo para nuestras miradas que el muro – en el caso en que, por azar, la casa no tenga ninguna apertura hacia el oriente- habrá que replicar lo siguiente: las casas disponen de aperturas según la voluntad arbitraria de los hombres, mientras que el oriente es más digno que los otros puntos cardinales por la obra misma de la naturaleza. Así pues, hemos de preferir lo que la misma naturaleza ha creado a aquello que ha sido construido arbitrariamente”.

La ley de la orientación de la oración preside en la Iglesia antigua no sólo la oración privada, sino también la oración pública y la arquitectura de los edificios sagrados. Los testimonios relativos a la orientación en el culto, abundan sobre todo en oriente. Como ejemplo citaremos a S. Juan Damasceno⁵:

“No es por simplismo o por azar que oramos vueltos hacia oriente... Puesto que Dios es luz inteligible y que en la Escritura Cristo es llamado Sol de justicia y Oriente, para darle culto es necesario volverse al oriente. La Escritura dice: Dios plantó un jardín en Edén, al oriente, y allí colocó al hombre que había plasmado. Buscando la antigua patria y tendiendo hacia ella, rendimos culto a Dios. También la tienda de Moisés tenía el propiciatorio vuelto hacia el oriente. Y la tribu de Leví, que era la más insigne, acampó en la parte vuelta hacia oriente. En el templo de Salomón la puerta del Señor se hallaba vuelta hacia oriente. Finalmente, el Señor clavado en la cruz miraba hacia occidente y por eso nosotros nos postramos hacia oriente, mirando hacia El. En el momento de ascender al cielo fue elevado hacia el oriente, así lo adoraron los discípulos y así vendrá de nuevo, en el mismo modo en que lo

⁴ *De oratione*, 32

⁵ *Exposición sobre la fe ortodoxa*, IV, 12

vieron subir al cielo. Como lo dijo el mismo Señor: “Como el relámpago que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre” (Mat. 24, 27). Por eso, esperando su venida, nos postramos mirando hacia oriente. Se trata de una tradición no escrita, que se deriva de los Apóstoles”.

En razón de ésta práctica antiquísima las iglesias primitivas eran construidas, en general, con el altar mirando hacia el oriente. Esta orientación del altar se señaló muy pronto por medio de una cruz en el muro. Cuando por una serie de razones de índole práctica, que no podemos detenernos a explicar, ya no se tuvo en cuenta la orientación geográfica del ábside, el principio de la oración orientada hacia el Señor siguió siendo observado: La cruz puesta en el centro de todo altar, es el foco sagrado sobre el que se centra todo el culto litúrgico.

Los trabajos históricos y litúrgicos más recientes⁶ ponen de manifiesto que la idea de un cara a cara entre el celebrante y la asamblea (desconocida en la iglesia primitiva) se remonta a Lutero, quien en su opúsculo *Deutsche Messe* (La Misa alemana) se expresa así:

“Conservaremos los ornamentos sacerdotales, el altar y las velas... hasta que nos convenga cambiarlos. Pero en la verdadera misa, entre verdaderos cristianos, será necesario que el altar no quede como está y que el sacerdote se vuelva siempre hacia el pueblo, como sin duda lo hizo Cristo durante la cena”.

Hoy en día sabemos que en tiempos de Cristo y aún siglos más tarde, se empleaba una mesa en forma de U (en semicírculo). La parte delantera quedaba libre para permitir servir los diferentes platos. Los convidados estaban sentados o recostados detrás de la mesa semicircular. El sitio de honor no estaba, como pudiera pensarse, en el centro sino a la derecha (*in cornu dextro*).

Pero el verdadero motivo del fundador del protestantismo no es histórico, sino teológico. Al rechazar que la misa sea un verdadero sacrificio, la eucaristía se reduce a su dimensión de sacramento: la comunidad se reúne, hace memoria de Cristo y recibe la comunión. Pero nada de sacrificio ofrecido a Dios.

Por lo tanto es lógico que se suprima el altar y se lo reemplace por una mesa, en torno a la cual se celebra el banquete ritual...

LA MISA DICHA EN LATIN

Cambiar de lengua es cambiar de país.

El hecho que en el templo se emplee una lengua distinta de la que empleamos en nuestra vida cotidiana, debe hacernos comprender que cuando entramos en el templo entramos en otra patria.

Dejamos la “ciudad terrestre” para entrar en el cielo que es nuestra verdadera patria. La liturgia terrestre es una anticipación o una imagen de la liturgia celeste.

Cambiar de lengua es un signo que nos recuerda que al entrar en la iglesia hemos de abandonar nuestros pensamientos mundanos, nuestros intereses terrestres. En una palabra: hemos de cambiar de patria.

Además, el latín es una *lengua sagrada*.

⁶ Se puede consultar, por ejemplo, Uwe Michael Lang « Se tourner vers le Seigneur », éditions ad solem, Ginebra 2006, pag. 61-82.

Las cosas sagradas son aquellas cosas que han sido “separadas”, “puestas a parte” y destinadas al servicio y culto de Dios.

El latín cumple perfectamente la función de lengua sagrada, excluida del uso cotidiano y empleada casi exclusivamente para alabar, bendecir y dar culto a Dios. Por ello el papa Pablo VI decía con razón que el latín es una *lingua angélica*.

Es cierto que en nuestros días no faltan quienes nieguen la posibilidad misma de una lengua sagrada, al reducir la utilidad del lenguaje a la comunicación interpersonal. Pero esta objeción se inscribe en una crítica más general, que niega todo sentido dentro del cristianismo a la distinción entre “sagrado” y “profano”. Aceptar dicho punto de vista equivale a oponer religión y cristianismo como dos realidades opuestas, con la consiguiente reducción del cristianismo a una dimensión terrestre y horizontal, sin apertura a la trascendencia.

En su constitución apostólica *Veterum Sapientia* el papa Juan XXIII expone muchas de las cualidades y valores de la lengua latina. Dice el Pontífice que el latín es la **lingua católica**. En efecto el latín es al mismo tiempo la lengua de todos los fieles en común y de ninguno en particular. Por eso es la lengua de la Iglesia.

La Biblia nos enseña que la división de las lenguas fue la consecuencia del pecado de los hombres. Usando un solo lenguaje universal y común, la liturgia cristiana prefigura y anuncia la concordia y la unidad del género humano en la Jerusalén celestial.

Dice también Juan XXIII que el latín no es una lengua vulgar sino por el contrario una lengua **llena de nobleza y majestad**.

Y ello en primer lugar porque el genio humano la ha ennoblecido con su sello usándola como instrumento en la producción de obras maestras de la literatura universal, patrimonio cultural de toda la humanidad.

Además de ello el latín es una lengua concisa que, debido a su construcción gramatical, cincela el lenguaje otorgándole una cadencia y un vigor inigualables. El latín es una lengua de frases lapidarias

Por último, con el uso del latín la Iglesia proclama su **romanidad**. La lengua que nació y se desarrolló en la región del *Latium*, cuya capital es Roma, manifiesta que la Iglesia universal es *romana*, fundada sobre Pedro y sus sucesores, los obispos de Roma.

Universalidad, unidad, sacralidad, cultura, romanidad... He aquí algunos de los preciosos valores que nos transmite el latín. Esta lengua augusta no merece hallarse hoy en día en el banquillo de los acusados. Y mucho menos que sus acusadores sean los católicos, para quienes ha sido y es la lengua⁷

* * * * *

⁷ A pesar de que en nuestros días sea lícito y legítimo celebrar la misa en lengua vulgar, no se han de olvidar las intervenciones del Magisterio:

Por ejemplo; Concilio de Trento (sesión XXII, can. 9): “**Si alguno dijere (...) que sólo debe celebrarse la Misa en lengua vulgar (...), sea anatema**”.

El Papa Pío VI en la bula “*Auctorem fidei*” :

“La proposición que afirma que *sería contra la práctica apostólica y los consejos de Dios, si no se le procuraran al pueblo modos más fáciles de unir su voz a la voz de toda la Iglesia* entendida de la introducción de la lengua vulgar en las preces litúrgicas, es **falsa, temeraria, perturbadora** del orden prescrito para la celebración de los misterios y fácilmente **causante de mayores males**”.

I PARTE: MISA DE CATECUMENOS

La estructura de la misa se compone de dos grandes secciones. La primera es preparación y preámbulo de la segunda. Se la suele llamar “misa de los catecúmenos” porque durante los primeros siglos los catecúmenos, es decir los que se preparaban para recibir el bautismo, podían asistir a ella, mientras que desde que empezaba la segunda parte debían abandonar el templo. Por eso la segunda parte de la misa es llamada “misa de los fieles”, es decir: reservada a los fieles bautizados.

Siguiendo con nuestra comparación, la primera parte de la misa puede ser comparada a un atrio o cancel. Situado entre el exterior y la nave del templo, su función es facilitar la transición entre el trasiego exterior de la calle y la quietud religiosa del templo.

Esta estructura preparatoria se compone a su vez de dos elementos principales: los ritos preparatorios y las lecturas.

1. LOS RITOS PREPARATORIOS

Observemos el altar:

La cruz con el crucificado está colocada en el centro. La cruz de Cristo preside.

Esta disposición del altar, donde todo gira en torno a Cristo crucificado, tiene una gran fuerza simbólica. Cristo crucificado es el centro de la celebración. El sacerdote no es más que un mediador entre los fieles y Cristo.

Desde hace treinta años existe la “moda” de ornar los altares de forma asimétrica. Un ramo de flores a un lado y unos candelabros al otro. El centro del altar (el lugar de honor) queda vacío. No hay un punto focal sobre el que se concentre la atención.

Hasta que aparece el celebrante el cual, desde el principio al final, ocupa ésta plaza. Su persona focaliza la atención y la orientación física de la acción litúrgica. El inconveniente es que más que como mediador, la figura del celebrante sea percibida como la del protagonista de la acción litúrgica.

Digamos de paso que en la liturgia tradicional el crucificado o está en el centro del altar presidiéndolo o se lleva en procesión acompañado por dos cirios encendidos.

El uso de un crucifijo como báculo es algo ajeno a la tradición litúrgica romana. Personalmente pienso que ésta ha podido ser una de las razones que han llevado a Benedicto XVI a abandonar el crucifijo de Pablo VI (usado también por Juan Pablo II, reemplazándolo por la férula (que es una cruz sin crucifijo).

El celebrante (ya sea simple sacerdote, obispo, cardenal o el mismo Papa) antes de acceder al altar se prepara con la confesión de sus pecados:

El *Confiteor* lo recita el celebrante profundamente inclinado delante del altar. Es decir: no en el altar, sino antes de subir a él. De hecho, el conjunto de oraciones preparatorias suelen ser llamadas *Oraciones ante las gradas*.

El altar según las normas del rito extraordinario debe estar elevado al menos sobre un escalón.

Esta norma de la arquitectura sacra es antiquísima y de rico significado:

La misma palabra “altar” (que es específicamente cristiana, los antiguos romanos lo llamaban “ara”), se deriva de “altus, -a”, es decir: lugar alto.

Si se tolera que los altares laterales o provisorios carezcan de la tarima prescrita, lo que no puede tolerarse es el altar “hundido”, al cual no se sube sino que se desciende...

Las rúbricas lo dicen claramente: el celebrante, tras haberse preparado ritualmente, **sube** al altar: *Celebrans... ascendit ad médium altaris*⁸. Toda la simbología bíblica de la montaña sagrada está detrás de éste gesto. El altar es como la montaña, lugar de encuentro con Dios. El Sinaí, el monte Carmelo, el Tabor, Pero también el Horeb donde Abraham subió para sacrificar a su unigénito Isaac, y sobre todo el Calvario, donde Cristo fue inmolado.

Historia:

En un principio la preparación ante el altar consistió solamente en una postración silenciosa. Este rito ha sido conservado el viernes santo.

En tiempos de Carlomagno se comienza a acompañar la acción con palabras. Aparecen las primeras fórmulas de oraciones ante las gradas, pero se las recitaba durante el camino de la sacristía al altar. El salmo “Judica me” con su antífona “Introito ad altare Dei” aparece ya atestado en el siglo X.

Poco a poco se impuso la práctica de recitarlo después de haber llegado al altar, sin duda para poder hacerlo con mayor tranquilidad y devoción.

En la Misa pontifical, el Obispo se pone el manipulo, que le presenta el diácono, después del *Confiteor*. Es un vestigio del uso primitivo: el manipulo era el último ornamento que se revestía porque se llevaba en la mano izquierda. Cuando pasó a llevarse sujeto al antebrazo se lo pudo revestir antes (es el orden en que lo hace el sacerdote). Pero en la misa pontifical se conservó éste vestigio.

Una vez en el altar, lo primero que hace el celebrante es besarlo, porque representa a Cristo y porque en su interior contiene reliquias de mártires. En la misa pontifical se conserva el uso más antiguo de besar también el libro de los santos evangelios: el obispo, después de subir al altar y besarlo, besa también el principio del evangelio del día en el evangeliario que le presenta el subdiácono

A continuación, en la Misa solemne, se inciensa el altar. Se trata de otro signo de veneración, pero reservado al culto solemne: al igual que la música y el canto, la luz de los cirios, las flores, la belleza de los ornamentos... el incienso también contribuye a enaltecer la solemnidad del culto.

Durante la incensación se canta el *Kyrie eleyson*. (Si la Misa es rezada, el sacerdote los recita, alternando con los fieles). Se trata de una antiquísima letanía de origen oriental, como lo denota claramente el hecho de que se recen en griego y no en latín. Se sabe que en Roma ya se usaba este canto en el siglo V. En un principio, como lo atestigua el *Ordo romanus I*, no estaba fijado en número de veces que debía repetirse cada invocación, sino que se repetía cuantas veces hiciera falta hasta que el pontífice, después de venerar el altar, llegase hasta la cátedra. Pero ya en época

⁸ Ritus servandus in celebratione Missae IV, 1.

carolingia el número de invocaciones quedó fijado en nueve: tres *Kyrie*, tres *Christe* y de nuevo tres *Kyrie*. El simbolismo trinitario es evidente.

Los ritos de preparación se terminan con la oración llamada *Colecta* Antes de recitarla el celebrante volviéndose hacia los fieles los saluda con la fórmula *Dominis vobiscum*. Este saludo se repetirá a lo largo de la misa cuantas veces haya que exhortar a la comunidad para que se sume a la oración del celebrante, o cuando se debe anunciar algo como por ejemplo, el final de la misa por medio del *Ite missa est* o la lectura del evangelio. En todas estas ocasiones, menos al principio del prefacio cuando ya está a las puertas del *sancta sanctorum*, el sacerdote besa primero el altar (para significar que la paz que desea es la que viene de Cristo) y se vuelve hacia los fieles, pues a ellos se dirige su saludo.

2. LAS LECTURAS

Normalmente en la forma extraordinaria se hacen dos lecturas: la epístola y el Evangelio. Sin embargo hay algunas Misas que contienen lecturas más numerosas: las Misas de Témporas o la Misa de la Vigilia Pascual.

En la actualidad suele pensarse que ésta parte de la misa tiene un valor y un sentido exclusivamente didáctico. Sin embargo, en cuanto forma parte de la acción litúrgica, la proclamación de las lecturas tiene también una innegable dimensión cultural. Esta dimensión se resalta en la forma extraordinaria por medio de tres elementos: el canto de las lecturas, los ministros encargados de hacerla y las ceremonias que la acompañan.

El canto de las lecciones

En el rito romano existe, desde los tiempos más remotos, el uso de cantar las lecturas de la misa.

El texto sagrado no es objeto de una simple lectura dirigida a los fieles sino que, envuelto en melodía, se eleva también como plegaria ofrecida a Dios. Ambas dimensiones (didáctica y cultural) han de encontrarse presentes en la proclamación de las lecturas, so pena de desvirtuar su sentido litúrgico.

Las melodías más antiguas eran muy sobrias, prescindiendo de toda modulación de voz. Es el llamado *tonos rectus* llamado también *tonos ferialis* porque es el que se ha conservado para los días de feria y de penitencia, y que, con excepción de las preguntas, no admite cambio de tono.

Los ministros encargados de las lecturas

Que la proclamación de las lecturas durante la misa no tiene una finalidad puramente utilitarista, como medio de enseñanza religiosa, se pone también de manifiesto en que su ejecución ha sido confiada, desde el principio, a un clérigo determinado.

En los primeros siglos la lectura de la epístola era una función encomendada al lector. La forma extraordinaria del rito romano aún conserva éste uso en la misa cantada. Posteriormente (durante los siglos VII-VIII) el canto de la epístola fue encomendado al subdiácono, lo cual sigue siendo la norma para la misa solemne según el misal de Juan XXIII.

Las cuatro órdenes menores y el subdiaconado forman parte de las instituciones más antiguas de la iglesia romana. En una carta fechada en el año 251 el papa san Cornelio enumera todos éstos grados del orden sacerdotal:

“...Y no podía ignorar (Novaciano) que en Roma hay cuarenta y seis **presbíteros**, siete **diáconos**, siete **subdiáconos**, cuarenta y dos **acólitos**, cincuenta y dos entre **exorcistas**, **lectores** y **ostiarios**”.

San Cornelio enumera los siete grados del orden no cómo una innovación sino cómo algo ya conocido por todos en el momento en que escribe, es decir siglo III⁹.

El canto del evangelio en la misa solemne corresponde al diácono, según una práctica ya atestada por las Constituciones apostólicas¹⁰ (año 380). La preeminencia del evangelio queda así subrayada por el hecho que su canto se reserva al ministro sagrado más cualificado después del celebrante.

Las ceremonias que acompañan las lecturas

Como en el resto de la misa, también la recitación de las lecturas va acompañada de ritos y ceremonias que indican que se trata de una función sacra y cultural. Aunque no podemos aquí comentarlas todas, señalaremos sólo algunas de ellas:

Las ceremonias que acompañan el canto de la epístola son más simples que para el evangelio. El subdiácono va solo, el canto no es precedido de ninguna petición de bendición ni saludo a los fieles, el libro no es incensado ni acompañado de ciriales, etc. Solamente una vez terminado el canto, el subdiácono va a besar la mano del celebrante y recibe su bendición.

En contraste con esta relativa sobriedad el canto del evangelio ha revestido, desde muy antiguo, una mayor solemnidad. El evangeliario es llevado por el subdiácono en una pequeña procesión, rodeado de ciriales encendidos, acompañado del turiferario, etc. Antes de cantar el texto el diácono incienso el libro. Durante el canto del evangelio, todos (incluso el celebrante) se vuelven hacia el lugar donde está siendo cantado. Una vez terminado el canto, el subdiácono lleva el libro al celebrante para que lo bese.

En la misa rezada todas éstas ceremonias son reducidas y adaptadas a una celebración sin canto y sin ministros sagrados. Tras la lectura de la epístola (y de las piezas intermedias: *Gradual*, *Aleluya*) por el celebrante se traslada el misal en una “miniprocesión” al otro extremo del altar, que recibe por ello el nombre de “lado del evangelio”.

No tenemos aquí tiempo suficiente para explicar los motivos históricos ni para exponer las interpretaciones alegóricas y simbólicas que justifican el lugar desde donde se recitan cada una de las lecturas. Digamos solamente que en la forma extraordinaria del rito romano el centro del altar (donde se encuentra el ara o piedra consagrada) queda reservado a la parte estrictamente sacrificial de la misa (desde el ofertorio a la comunión). En cambio durante los ritos preparativos y conclusivos el celebrante suele ocupar los extremos del altar. Es una manera de poner de relieve, a través del lenguaje de los símbolos, la diferente naturaleza de las partes de la misa.

II PARTE: MISA DE LOS FIELES

Una vez terminadas las lecturas (y el *Credo* si lo hubiere) dejamos atrás la misa de los catecúmenos. Durante los primeros siglos, cuando el catecumenado estaba en vigor, llegados a éste momento se despedía a los catecúmenos y en general a todos los no bautizados que habían podido asistir a la

⁹ A pesar de su venerable antigüedad las ordenes menores de acólito, exorcista, lector y ostiario, así como el orden mayor de subdiácono fueron suprimidos de la disciplina común por el papa Pablo VI quien las reemplazó por los llamados « ministerios laicales » de lector y acólito (Pablo VI, m.p. *Ministeria quaedam*, 15-8-1972)

¹⁰ Const. Apost. Libro II, 17.

primera parte de la misa. La razón de esto hay que ponerla en el principio de que no se debía exponer el *sancta sanctorum* a los ojos y oídos indiscretos de cualquiera.

En ésta parte de la misa va a consumarse el sacrificio eucarístico, el cual como todo sacrificio se compone de tres momentos principales: la ofrenda de la víctima, su inmolación sobre el altar y la participación al sacrificio por medio de la comunión.

I. EL OFERTORIO

Como su nombre indica el ofertorio consiste en la ofrenda de la víctima.

Durante los primeros siglos el ofertorio consistía solamente en el gesto de ofrenda de la hostia y del cáliz. Se trataba de un rito minuciosamente reglamentado pero “mudo”.

Más tarde, durante la época carolingia, el desarrollo de la liturgia comporta que diversos ritos que hasta entonces se limitaban al gesto fuesen acompañados por oraciones que expliquen su significado.

Es entonces cuando se elaboran las oraciones de nuestro ofertorio. En ellas se expresa mediante palabras el sentido del gesto de ofrecer la hostia y el cáliz antes de su consagración. De hecho, una vez que las liturgias alcanzan un cierto grado de madurez ya no basta para empezar con la plegaria eucarística que las materias de pan y vino se hallen presentes en debida cantidad y calidad; es preciso que se coloquen con las ceremonias y oraciones correspondientes encima del altar, con lo cual entran ya en el movimiento oblativo que culminará en la consagración. Por eso lo que se ofrece a Dios no es el pan y el vino en si mismos, sino el cuerpo y la sangre de Cristo que dentro de poco se harán presentes sobre el altar bajo las apariencias de pan y vino.

La oración de ofrenda de la hostia *Suscipe, sancte Pater* es de origen galicano. El testimonio escrito mas antiguo que conservamos de ella data del año 877¹¹.

La fórmula de ofrenda del cáliz *Offerimus tibi Domine* aparece escrita por vez primera en un sacramentario conservado en el monasterio de San Galo (Suiza) y que data de los siglos IX – X.

Estas oraciones las pronuncia el sacerdote en voz baja por tratarse de oraciones privadas nacidas (como ya hemos explicado) de la necesidad de acompañar los gestos con fórmulas que expliciten su significado¹²

Los autores de la reforma del misal en tiempos de Pablo VI no supieron apreciar el sentido y el valor de estas oraciones. Al debilitar el vínculo profundo entre ofertorio y consagración ya no vieron lógico llamar al pan *Hostiam immaculatam* ni al vino *Calicem salutaris*.

Así que para reemplazar las oraciones del rito romano los reformadores buscaron otras en los demás ritos cristianos (tanto orientales como occidentales). Pero tuvieron que constatar que todas las tradiciones litúrgicas cristianas o no tenían oraciones de ofertorio (sólo el gesto mudo) o si las tenían su contenido era análogo al de las que querían cambiar.

¹¹ Libro de oraciones de Carlos el calvo.

¹² Esta explicación es válida también para muchas otras oraciones que el celebrante pronuncia en voz baja, por ejemplo: al subir al altar, al lavarse las manos, mientras incienso, etc. En cambio, el silencio durante el Canon o plegaria eucarística tiene una explicación diferente como explicamos mas adelante.

Lo que hicieron entonces fue copiar unas oraciones judías para bendecir la comida. Esas son las oraciones del ofertorio en la forma ordinaria. En ellas se dan gracias a Dios por el pan y por el vino que es lo que se presenta a Dios.

Sin ánimo de polémica, creo que es muy de lamentar que se haya ignorado toda la tradición cristiana para reemplazarla por unas fórmulas judaicas en las que no aparece ninguna referencia a Cristo.

Durante el ofertorio tiene lugar un numeroso conjunto de ceremonias (incensaciones, bendición e imposición del agua, lavatorio de manos, signos de cruz, etc.) Faltos de tiempo no podemos detenernos en cada una de ellas. Vamos a considerar tan sólo uno de dichos ritos, que es propio de la forma extraordinaria. El celebrante, una vez ofrecida la hostia, la deposita directamente sobre los corporales. La patena no volverá a servir hasta la fracción y comunión. Este rito pone de manifiesto de forma simbólica la diferencia entre inmolación y comunión. El sacrificio (es decir, la consagración) se realiza directamente sobre el ara. Más tarde, cuando llega el momento de participar a la carne de la víctima inmolada se la coloca sobre la bandeja, es decir, la patena.

II. LA PLEGARIA EUCARISTICA O CANON ROMANO

Todas las liturgias de la misa contienen un momento central durante el cual se realiza el misterio de la eucaristía. Se trata de la oración o conjunto de oraciones durante las cuales tiene lugar la consagración del pan y del vino, transformándolos en el cuerpo y sangre de Jesucristo.

A esta plegaria eucarística los orientales la llaman *anáfora*. Los ritos orientales poseen múltiples anáforas que cambian según los tiempos litúrgicos. En cambio el rito romano se ha caracterizado por tener una sola plegaria eucarística invariable durante todo el año y que suele llamarse *Canon*, es decir: regla.

El *Canon* va precedido por el canto del *Prefacio*, el cual si es variable y cambia según las fiestas y los periodos del año. Al prefacio sucede el canto del *Sanctus*, himno majestuoso que proclama la santidad y la gloria de Dios uno y trino. Una vez apagadas las últimas melodías del *Sanctus* reina un silencio sagrado y el celebrante se presenta solo ante Dios.

El silencio durante el Canon

Uno de los ritos que más suelen sorprender a los que descubren el *usus antiquior* de la misa es el silencio con que se rodea la plegaria eucarística. Hasta aquí los asistentes a la misa habían tomado parte en las oraciones y ceremonias mezclando sus voces con las del celebrante. Ahora, tras los tres toques de campanilla que acompañan el *Sanctus*, el sacerdote se avanza solo y entra en el *sancta sanctorum*.

En el Templo de Jerusalén había un lugar especialmente sagrado, el santuario, que a su vez se hallaba compuesto de dos estancias. La primera llamada el “Santo” donde mañana y tarde entraba el sacerdote que estuviese de turno para renovar el fuego del altar y quemar en él aceite perfumado e incienso, mientras que el pueblo, convocado a son de trompeta, oraba en el atrio¹³. La segunda estancia, más sagrada aún, era llamada el “santísimo” o el “santo de los santos”. Separada de la anterior por un velo o cortina, una sola vez al año entraba en ella el sumo sacerdote solo para ofrecer la sangre de la víctima inmolada¹⁴.

¹³ Lucas 1, 8-11

¹⁴ Hebreos 9, 1-7

Ahora, en la Nueva Alianza, también se avanza el sacerdote y se presenta solo ante Dios para ofrecerle el sacrificio. El Canon de la misa o plegaria eucarística es el santuario en el que solo el sacerdote puede penetrar.

He aquí el significado simbólico de éste silencio. El sacerdote pronuncia en voz baja la oración consecratoria porque la santidad de este recinto sagrado, inaccesible para el pueblo, exige que en él reine un silencio absoluto. En el silencio debe el hombre acercarse a Dios.

Las liturgias orientales expresan ésta segregación de manera aún más dramática, mediante el uso del “iconostasio”. Se trata de un tabique que se alza entre el altar y la nave, más o menos a la altura donde en nuestras iglesias se sitúa el comulgatorio. El iconostasio tiene una o tres puertas a través de las cuales los fieles pueden ver el altar. Pero llegado el momento de la consagración las puertas se cierran, arrebatando a la vista de los fieles el altar y el sacerdote. Las puertas no volverán a abrirse hasta que la plegaria eucarística no haya terminado, antes de la comunión¹⁵.

El silencio del canon cumple en la liturgia romana la misma función que el iconostasio en oriente: pone de manifiesto la sacralidad del momento y subraya la diferencia esencial entre sacerdocio común de los fieles y sacerdocio ministerial¹⁶.

Los gestos y ceremonias durante el Canon de la Misa

El valor sacrificial de la Misa queda precisado y explicitado por una serie de ritos secundarios pero sin embargo indispensables: signos de cruz, inclinaciones, genuflexiones, etc. Todo ello pone de manifiesto que al pronunciar la plegaria eucarística el sacerdote no está realizando una simple lectura en la que rememora un hecho histórico del pasado, es decir la santa cena. Pronunciando la plegaria eucarística el sacerdote está realizando no una lectura sino una acción, es decir: un sacrificio. Con sus palabras el celebrante actualiza y hace presente de manera eficaz el sacrificio de Cristo¹⁷.

Entre todos esos gestos sobresale la elevación de las especies consagradas. Precedida y seguida de la genuflexión del celebrante, acompañada del sonido de las campanillas y de la incensación si el rito es solemne, éste gesto de introducción relativamente tardía señala el momento culminante de la acción sagrada: Dios se hace realmente presente sobre el altar.

III. LA COMUNION

El tercer elemento del sacrificio eucarístico es la participación a la víctima inmolada: la comunión. Una vez concluido el canon, comienza la preparación a la comunión con la recitación del *Pater noster*.

Según la forma extraordinaria el *Pater* ha de ser cantado (o recitado) solamente por el sacerdote. Esta práctica suele sorprender a los que no tienen costumbre de frecuentar el rito *antiquior*, pues en la forma ordinaria la recitación es común del sacerdote con los fieles.

¹⁵ El iconostasio será más o menos opaco según los lugares, o el estilo artístico o por otros motivos. El símbolo es siempre el mismo: la segregación o separación en la cual consiste toda sacralidad.

¹⁶ Por eso el rechazo de ésta práctica puede reposar sobre una concepción herética de la eucaristía o del sacerdocio. Esto lo vieron claro los padres del concilio de Trento que en la sesión XXII sobre el sacrificio de la misa promulgaron el siguiente canon dogmático: “Si alguno dijere que el rito de la Iglesia Romana por el que parte del canon y las palabras de la consagración se pronuncien en voz baja, debe ser condenado, sea anatema” (conc. Trento, sess XXII, can. 9).

¹⁷ Cf. A.M. Rouguet, « La somme théologique. Les sacrements », *éd. la revue des jeunes*, Paris 1946, pag. 376.

Hemos de explicar que la reserva del padrenuestro al sacerdote es un uso antiquísimo y característico del rito romano. San Gregorio Magno en una de sus cartas explica que una de las diferencias entre el rito romano y los ritos orientales es que en Roma el *pater* es recitado solamente por el sacerdote¹⁸ Existe también un testimonio más antiguo, de san Agustín¹⁹

Después del padrenuestro la hostia consagrada que hasta entonces estaba directamente sobre los corporales, se coloca sobre la patena dando así a entender que se acerca el momento del sagrado convite.

En la forma extraordinaria la comunión del sacerdote se produce antes y separadamente de la de los fieles. La explicación de ello se encuentra en el hecho que la primera es parte integrante del sacrificio: no puede haber misa completa si el celebrante no comulga de las especies que consagró. En cambio la comunión sacramental de los fieles aunque es muy deseable y recomendable no forma parte de la integridad de la misa.

Pero sin duda el elemento que más destaca en el modo de comulgar según la forma extraordinaria es el hecho de que los fieles reciban la comunión arrodillados y en los labios. Sin embargo, como para el latín o la orientación del altar, no es éste un elemento exclusivo del rito extraordinario. En la forma ordinaria también se contempla la comunión de rodillas y en la boca, que debería ser en teoría la regla general. Lo que ocurre es que la comunión en pie y en las manos se ha impuesto rápidamente como la norma en todas partes. El papa Benedicto XVI ha vuelto a introducir en las misas papales la manera tradicional de comulgar con la intención de recordar a todos que ésta sigue siendo la mejor manera para un católico de recibir la sagrada comunión.

La comunión de rodillas y en los labios

En el Evangelio Cristo amonesta a sus discípulos a unir la candidez de las palomas con la astucia de la serpiente. Así pues no pequemos de ingenuidad en un tema tan importante que toca el corazón del cristianismo: la eucaristía.

La comunión en la mano es una reivindicación del protestantismo. Invocando un uso primitivo caído en desuso desde hacía siglos, los “reformadores” impusieron en sus iglesias la comunión en la mano. En dicha práctica veían un medio de combatir las expresiones de veneración hacia el santísimo sacramento, juzgadas supersticiosas. Como ejemplo, he aquí un fragmento de una carta de Bucero, dirigida a la jerarquía anglicana:

“No me cabe duda de que el uso de no dar a los fieles este sacramento en las manos ha sido introducido en razón de una doble superstición: en primer lugar en razón del falso honor que se desea manifestar a este sacramento y en segundo lugar, en razón de la arrogancia perversa de los sacerdotes que pretenden tener una mayor santidad que el resto del pueblo de Cristo, en virtud del óleo de la consagración sacerdotal (...) Se puede permitir sin embargo que, durante un cierto tiempo y para aquellos cuya fe es débil, el sacramento les sea dado en la boca si así lo desean, ya que con tal que reciban una enseñanza apropiada, dichos fieles no tardarán en conformarse con el resto de la comunidad y recibirán el sacramento en la mano”.

Doble objeción a la comunión en los labios: por un lado ella afirma la creencia de que existe una diferencia esencial entre el pan y el vino consagrados y el pan y el vino ordinarios. Por otro lado, ella perpetua la creencia de que entre un sacerdote y un laico existe una diferencia esencial. Su

¹⁸ Epistola IX, 12. Patrologia latina 77, 957

¹⁹ Serm. 58, 10, 12 Patrologia latina 38, 399 : « *ad altare Dei quotidie dicitur ista dominica oratio et audiunt illam fideles* ».

solución consiste en dejar facultativa, durante un primer tiempo, la comunión en la mano, pero dicha opción deberá ir acompañada por una gran campaña de propaganda destinada a convencer rápidamente los fieles.

Es evidente que los alimentos de un cierto valor no se comen jamás con las manos. Lo único que se come con las manos es el pan ordinario y corriente. Ahora bien, en la sagrada forma después de la consagración no queda nada del pan ordinario y corriente (salvo las apariencias o accidentes). Lo que recibimos en la sagrada comunión no es un trozo de pan corriente, sino el verdadero Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, oculto bajo las apariencias del pan.

Por eso es muy conveniente que la manera de tratar y de consumir la santa Eucaristía sea diferente de la que empleamos para comer un simple trozo de pan. De este modo expresamos de manera explícita al mismo tiempo que robustecemos nuestra fe en la presencia real y se evitan confusiones y equívocos.

No se trata de que la lengua sea mas digna o menos que las manos o los pies. Se trata de poner de manifiesto que la santa Eucaristía no es un trozo de pan.

Es de señalar que tanto en oriente como en occidente el uso de dar a los fieles la comunión en la mano desapareció sin dejar trazas desde una época muy temprana. En la iglesia cismática ortodoxa la comunión en las manos sigue estando completamente prohibida. En la iglesia católica se ha introducido muy recientemente el uso *facultativo* de recibir la sagrada forma en las manos. ¿Una tal práctica está contribuyendo en nuestros días a rodear la Santa Eucaristía del respeto y del fervor que les son debidos? ¿Es que un cuidado y una atención particular son observados, sobre todo en lo que concierne a las partículas?... Todo aquel que pueda y quiera mirar la realidad de las cosas sabrá cómo responder a éstas preguntas. Bástenos citar el testimonio del cardenal Hume, arzobispo de Westminster durante una conferencia pronunciada ante la “Washington theological union” el 25 de junio de 1999:

“Por mi parte, quisiera compartir con muchos otros una inquietud concerniente la fe de nuestro pueblo en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. La comunión en la mano, el desplazamiento del sagrario del centro del altar, la ausencia de genuflexiones, según mi experiencia, han debilitado el respeto y la devoción debidos a tan grande sacramento”²⁰.

Arrodillarse es un modo concreto de rendir a Jesucristo, presente en la hostia consagrada, un acto exterior de adoración antes de recibirlo en la santa comunión. Postración, genuflexión, inclinación... son maneras de expresar con nuestro cuerpo los sentimientos de adoración de nuestra alma.

En los evangelios encontraremos múltiples pasajes en los que aquellos que reconocen la divinidad de Jesucristo, de manera casi “automática” se prosternan a sus pies. Por ejemplo, los Magos de Oriente, el centurión, etc. Cristo mismo, para darnos ejemplo, cuando oraba lo hacía prosternándose en tierra.

²⁰ Se sabe que el Papa Juan Pablo II era personalmente, opuesto a la comunión en la mano. He aquí sus declaraciones a la revista alemana *Die Stimme des Glaubens* durante su viaje apostólico a Fulda, en 1980:

“Una carta apostólica que prevé que para ello hace falta una autorización especial ha sido escrita. Pero he de decirle que **yo no estoy en favor de dicha práctica y tampoco la recomiendo**. La autorización ha sido dada en razón de la insistencia particular de algunos obispos diocesanos”.

III PARTE: CONCLUSION

Tras la comunión la misa se concluye con la ablución de los vasos sagrados, la oración de conclusión llamada *postcommunio*, la bendición final y el último evangelio.

El misal romano de S. Pío V prescribe de manera muy detallada el modo cómo deben recogerse las partículas y cómo han de purificarse el corporal, la patena, el ciborio y los dedos del celebrante.

Con el nombre de *partículas* se designan los fragmentos que se desprenden de las hostias después de la consagración; lo cual sucede sobre todo en el momento de la fracción. Dichas partículas deben ser consideradas como consagradas. La presencia real de Cristo se realiza en dichas partículas en tanto que las mismas conservan las cualidades y la apariencia del pan.

Es imposible determinar exactamente a partir de qué dimensión se puede y se debe considerar una partícula como especie sacramental, por eso en la práctica hay que poner gran cuidado en no dejar caer ni perderse ninguna de dichas partículas, incluso las más pequeñas pues, como acabamos de decir, no puede determinarse con certeza a partir de qué dimensión una partícula deja de ser objeto de la presencia real.

El misal de Pablo VI ha simplificado las prescripciones del misal anterior, conservando sólo lo esencial. Es de lamentar que con frecuencia la simplificación haya degenerado en negligencia. La autoridad eclesiástica no ha cesado de recordar a los fieles el respeto y la veneración debidos a las partículas consagradas. (Por ejemplo declaración de la sagrada congregación para la doctrina de la fe, 2 de mayo 1972).

Terminadas las abluciones y vueltos a cubrir los vasos sagrados el celebrante abandona el medio del altar, pues la acción sacrificial ha terminado. Puesto en el lado de la epístola entona una oración conclusiva. Vuelve de nuevo al medio del altar desde donde una vez que el diácono (o él mismo) anuncia el final de la misa imparte a los fieles la bendición. Acto seguido se traslada al lado del evangelio donde recita, como oración de acción de gracias, el prólogo del evangelio de san Juan.

* * * * *

La falta de tiempo nos impide prolongar nuestra “visita” y contemplar con más detalle éstas últimas estancias, tan ricas y antiguas cómo las precedentes. Hoy solo podíamos efectuar una visita de turistas, un poco apresurada. Espero, sin embargo que haya servido para descubrir o para recordar la belleza y el valor de éste monumento espiritual y cultural que es la forma tradicional de la misa romana.

Con el motu proprio *Summorum Pontificum* Benedicto XVI ofrece a la Iglesia de mañana la posibilidad de aprovechar las riquezas de su pasado litúrgico. En medio del materialismo ambiente la liturgia tradicional aporta el sentido de lo sagrado. De cara al subjetivismo y al egocentrismo, la actitud de adoración. Frente a un naturalismo y un racionalismo que reduce y cierra los horizontes de la humanidad, la liturgia inmemorial abre las puertas a la trascendencia. No puedo terminar sin expresar mi agradecimiento a la asociación “Una Voce Sevilla”, que aporta con su labor una contribución valiosa al renacimiento litúrgico auspiciado por Benedicto XVI.

Gracias a todos.